



NUM. 12. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID: por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID 24 DE MARZO DE 1867.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs.; un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos. AÑO XI.

REVISTA DE LA SEMANA.



ilo á hilo y gota á gota se pasó el cielo llorando casi todo el día 19; cosa que, con raras escepciones, ha hecho en la mayor parte de los que van de mes: no ha mentido, pues, el proverbio que dice: en febrero, busca la sombra el perro; en marzo, vuelve el rabo. Las laringes ma-

drileñas pueden responder de la exactitud de este anuncio: individuo conocemos cuya voz, mas que humana, se parece al zumbido de un moscardon. Pero volviendo al día 19, el espectáculo que la tierra presentaba, era muy distinto del de las nubes. Arriba todo era lágrimas, como hemos dicho; abajo todo risas, brindis, cánticos y bailes. ¿Qué fausto acontecimiento se celebraba? La generalidad de nuestros lectores ya lo habrá recordado; y si decimos aquí, que era el día de San José, lo hacemos únicamente para recordárselo á los flacos de memoria. En efecto, apenas habrá casa en Madrid sin un Pepe ó una Pepa, nombre tan abundante que es una bendición de Dios, y que no tiene mas que dos competidores, con los cuales se reparte el dominio, no solo de la corte, sino de España entera; los Manueles y los Juanes. ¡Gran día para las fondas, los cafés y las confiterías! Atroz para los cocineros y los carteros.

En una de las casas donde había cuatro Pepes de una misma familia, se encontraron por la tarde varios amigos que habían ido á felicitarlos, y entre ellos algunas pollitas que animaron esta reunion, dando muestras de su habilidad filarmónica. Hablando des-

pues de diferentes asuntos, y entre otros, de la triste condicion de las mujeres, un individuo del sexo barbudo dijo que iba á presentarse al seado francés una petición para imponer una contribucion á los célibes, y que el tal documento contaba ya millares de firmas femeninas. Naturalmente, las señoras elogiaron la oportunidad, la conveniencia y hasta la justicia del pensamiento: la mujer, en el hecho solo de ser tal, ya tiene contra su porvenir, de cien probabilidades, las noventa y nueve; si á esto agrega la desgracia de ser pobre y fea, ayúdennos ustedes á sentir. Para remediar tamaños males, que acaso, y sin acaso, la contribucion habria de agravar (porque si duros están ahora muchos solteros, estarian intratables viendo merdados sus recursos á consecuencia de aquel diabólico pensamiento) ocurriole á una de las jóvenes la idea peregrina de mejorarlo, diciendo que lo que debía hacerse era destinar las sumas que produjera el tributo á la formacion de dotes para solteras pobres. La idea, á primera vista, era muy aceptable, muy cristiana; mas no la consideró asi uno de los presentes, fundándose en que habria no pocas solteras que, aceptada la enmienda, y seguras de no morir de hambre, preferirian entonces la perdiz sin el mochuelo; esto es, solo el dote, que es la perdiz y la independenciam, á la perdiz con el mochuelo, que es el marido y el tirano. Nosotros ya estamos fuera de juego; por lo mismo, nos lavamos las manos, dejando integra la cuestion á los interesados de uno y otro sexo.

El ministro de Estado francés ha establecido un concurso musical, segun leemos en algunos periódicos de esta corte, en el que pueden tomar parte compositores de aquel país y estranjeros. Las piezas designadas para aspirar al premio, que consistirá en una medalla de oro á cada uno de los dos autores de los versos escogidos por el comité de composicion musical, han de ser dos, llamada la una *Cantata de la Exposicion*, y la otra *Himno á la paz*. Varias cosas nos han chocado en este anuncio; pero nos limitaremos á citar dos: que hayan de juzgar los músicos á los poetas, y que en la lista del comité, en que aparecen unos cuarenta profesores y maestros de música de todas las naciones de Europa, y en su gran mayoría franceses, como era de presumir, no figure mas que un español, don Eduardo Rodriguez, que español lo creemos por el apellido; pues por lo demás, su nombre, para nosotros respetable, no es de los conoci-

dos, que sepamos, como por ejemplo, Barbieri, Arrieta, Eslaba, etc., etc. Por de pronto, ya se anuncian himnos para el gran festival, de Ambrosio Thomas, F. Bazin, F. Kucken, Camilo de Vos, Ch. Vervoitte, Mehul, Mozart y C. Weber, y un coro de Rossini, titulado ¡Bebamos! ¡bebamos! ¿Qué hacen nuestros músicos?

Otro sí. Calcúlense en cinco mil las obras que se han presentado en París para la Esposicion de bellas artes. Suponiendo que de las cinco mil queden reducidas á doscientas las que se declaren de recibo para la Esposicion universal, siempre este número será enormemente desproporcionado, si se compara con el exiguó que se admitirá de otros países: tampoco en esto parece que hasta la presente se ve muy favorecida España.

Ha fallecido en la capital del vecino imperio el marqués de Hallay-Coetquen, cuya pérdida se considera casi irreparable, por las funciones á que habia consagrado su existencia. El marqués de Hallay-Coetquen era como el árbitro supremo en casos de honra, evitando con su benévola mediacion, con sus consejos y sus fallos, generalmente atendidos y respetados, muchas escenas de sangre, siempre que los adversarios ó los padrinos en cualquier querrela, acudian á consultarlo.

Cerca de 80,000 soldados, de los 600,000 que en la actualidad componen el ejército activo de Prusia (sin contar con los oficiales y las de clase) han hecho los estudios que se dan en los gimnasios, universidades ó escuelas politécnicas de aquella nacion; y exceptuando unos 200,000, todos los demás saben leer, escribir y poseen los conocimientos que sus respectivos oficios requieren, aumentándolos, durante el servicio, en las conferencias científicas semanales á que concurren cuando se hallan en poblaciones de cierta importancia.

Segun los datos publicados por el gobierno de Inglaterra, el *Times* de Lóndres ha pagado á la renta de Correos por razon de timbre en los años de 1865 y 1866, cuatrocientos setenta y siete millones, ochocientos setenta y dos mil cuarenta reales vellón. El *Standard*, que no tiene tanta circulacion, tira sin embargo, la friolera de 100,000 números diarios; es decir, quizá tanto como todos los periódicos políticos de España juntos, en las épocas en que mayor número de publicaciones de este género se han conocido en nuestra patria; lo cual supondria una cifra de lectores

casi increíble, si no constase oficialmente la exactitud de los hechos.

Cuentan que el Carnaval de Venecia ha sido este año tan lucido y bullicioso como en sus mejores tiempos, en los tiempos aquellos que la pluma de Fenimore Cowper ha pintado magistralmente en *El Bravo* y Byron en *Los dos Foscari* y otras de sus mas bellas poesías: con la diferencia de que en 1867, no se han visto cruzar por los canales las siniestras gondolas desde las que el Consejo de los Diez espiaba hasta los pensamientos de los habitantes de la reina del Adriático.

Sigue Valencia preparando los festejos para el Centenario de la Virgen de los Desamparados. Con este objeto, se ha nombrado una comision auxiliar, residente en Madrid, de la que existe en aquella capital, compuesta de los señores don Antonio Aparici y Guijarro, don Vicente Gomis y don Vicente Pastor, que, animados de los mejores deseos, han circulado ya una atenta carta de invitacion á todos los valencianos, para que contribuyan al mayor lucimiento de las fiestas.

No menos actividad despliega Valencia respecto de la esposicion regional, consistente en obras de arte y en productos agrícolas é industriales asi de aquella como de las restantes provincias de España y extranjero, ofreciendo premios á los que reúnan las condiciones que el jurado estime dignos de ellos.

Los lectores de EL MUSEO conocen ya algunos de los trabajos que con el título de *La Sabiduria de las naciones ó Los Evangelios abreviados*, ha reunido en coleccion el escritor catalan don Joaquin Bastús, por haber visto la luz en las columnas de nuestro Semanario. Dos son las series hasta ahora publicadas, en igual número de volúmenes, y las dos notabilísimas por los datos curiosos que el infatigable y distinguido escritor presenta al reseñar la historia de cada uno de los proverbios, refranes, modismos, palabras y frases que las componen y que revelan una gran erudicion. La tercera serie, que en la actualidad se está imprimiendo, no desmerece segun lo que hemos visto, de las que la han precedido. Lo que esencialmente distingue al señor Bastús de los escritores que en nuestra patria y fuera de ella eligieron este asunto como tema de sus obras, es que, segun manifiesta él mismo en el Prólogo á la primera serie, aquellos se limitaron, generalmente, á compilar proverbios ó aumentar el número de los conocidos, dedicándose pocos á explicar el sentido moral de algunos de ellos, al paso que él se ha ocupado en averiguar su origen y significado histórico, para su oportuno uso y exacta aplicacion. Mucho estudio y largas vigiliias debe haber costado al señor Bastús su trabajo; y si esto no fuese título suficiente de alabanza, la conciencia con que está hecho, el mérito literario que lo avalora y el servicio que ha prestado á nuestro idioma, desentrañando y explicando el espíritu que constituye su personalidad, lo recomendarian sobradamente, colocándolo entre los de verdadera importancia. El señor Manero, merece tambien elogios, asi por la publicacion de estos libros en su establecimiento, como por la edicion económica del *Teatro antiguo y moderno, nacional y extranjero*, que por su precio y demás condiciones, ha llegado á hacerse popular.

Por la revista y la parte no firmada de este número,
VENTURA RUIZ AGUILERA.

ESPOSICION NACIONAL DE BELLAS ARTES.

VI.

(CONCLUSION.)

Muchos son los cuadros que en la actual Exposicion se han presentado, cuyos asuntos están tomados de escenas de costumbres, ya religiosas, ya profanas, y muchos tambien los que pertenecen al grupo conocido con el nombre de género, palabra de origen extranjero, que mejor quisiéramos ver sustituida por la española de *variedades*. Difícilmente pudiéramos comprender en los estrechos límites de estos apuntes, el detenido juicio crítico de cada uno de ellos. Asi, nos limitaremos á hablar de los mas importantes, á lo menos en nuestro humilde juicio.

Ocupa entre los primeros preferente lugar, el *Coro de monjas*, cuadro admirablemente sentido y pintado por el señor Vera, de tan espiritual expresion como buen color y correcto dibujo, y que bastaria por sí sólo para legitimar la merecida reputacion de su autor, aunque en la actual Exposicion no la hubiese cumplidamente justificado con el cuadro de *Santa Cecilia y San Valeriano*.

Con excelentes condiciones artísticas encontramos tambien el del señor Valdivieso, *La primera comunión*, obra que señala en la carrera del artista un adelanto notable. Este pintor, que ya puede honrarse con tan envidiable nombre, nos ha dado en su última obra un elocuente testimonio del poder del estudio y de la aplicacion, cuando les sirve de base verdadero talento pictórico. En su cuadro hay buen color, buena entonacion, estudiado dibujo, sentimiento y uncion religiosa, cualidad indispensable en el asunto, atinadamente escogido por el artista. Y si bien hallamos cierta

monotonía en las figuras de las niñas, y algun que otro defecto en la composicion, lunares son estos que bien pueden dispensarse á quien se ha elevado por su talento á grande altura, entre los actuales espositores.

Hermosa muestra de sus grandes dotes de artista nos ha ofrecido tambien en este género el señor Puebla, con sus cuadros del *Ave Maria* y el de *La devocion á la Virgen*; y alabanzas merece igualmente el señor Alvarez por su lienzo, *El cardenal penitenciaro aplicando indulgencias el Domingo de Ramos en la iglesia de San Juan de Letran*, pintado con verdadera inspiracion, y en el que se encuentra mas facilidad en el manejo del color que en los demás que ha espuesto, buen dibujo y acertada expresion. *La pila del agua bendita* y la *Danza en el monasterio de Hermo*, son tambien apreciables cuadros, en los cuales, aunque no en tan alto grado como en el anterior, se encuentran las mismas condiciones pictóricas. Lástima grande que este artista, se nos presente en sus obras como temeroso de sí mismo, con una ejecucion indecisa á las veces, y laboriosa casi siempre.

De agradable color y entonacion, y pintados con gracia y espontaneidad, ha ofrecido el señor Herrero, dos cuadros, *El agua bendita en las comedadoras de Santiago*, y *El chocolate en un convento*. Pero como no bastan las condiciones apuntadas para constituir una obra de arte, como los asuntos de estos lienzos son de escaso interés, esperamos ver á su autor en obras de mas importancia, para poder juzgarle con acierto.

El señor Rico nos ha sorprendido agradablemente con su cuadro, *La salida de misa*, pintado con una delicadeza de color admirable, perfectamente entonado, y en el que se respira ambiente y verdad. El señor Rico, conocido hasta aquí como paisajista, nos ha demostrado en su bellissimo lienzo, que tiene grandes condiciones para el nuevo género, de que ha sabido hacer tan brillante alarde. Continúe su buen camino, seguro de obtener en él legítimos triunfos.

Los capuchinos en el coro cantando visperas, del señor Navarrete, es otro de los cuadros que llaman en este género, y con justicia, la atencion de los amantes del arte. Estudio del natural, está sentido con tanta verdad, que el espectador cree ver y oír aquellos religiosos, en sus piadosas oraciones. Colorido vigoroso, buena entonacion, ambiente y expresion acertadísima en todas las figuras, son cualidades que avaloran este lienzo, y que no bastan á oscurecer algunos descuidos de dibujo que en el mismo se notan, y en que indudablemente procurará no incurrir en otras obras su autor. *La iglesia de la Paz en Roma*, es otro cuadro del mismo artista, digno en todos conceptos del anterior.

La procesion en el Coliseo de Roma del señor Bushell y *La procesion en un pueblo de Aragon*, del señor Ruiz de Valdivias, son cuadros apreciables, bien sentidos, y por punto general, bien compuestos y estudiados.

Entre los lienzos, que con pretensiones de históricos se han presentado, figura uno que no puede clasificarse mas que entre los de género ó de variedades, cual es *El beso de Paolo y Francesca*, del señor Diaz Carreño. Cuadro de grandes dimensiones, está reclamando por su asunto mas reducido espacio, y aunque vemos en él que su autor ha adelantado notablemente en el arte á que se dedica, aunque hallamos una figura llena de expresion, y *tutta tremante* en Paolo, encontramos tambien frialdad en Francesca, y poca dignidad en el ofendido esposo, que mas parece vulgar asesino, que hombre arrebatado por el delirio de la honra. Pero aunque el cuadro tuviera todas las condiciones pictóricas que pudieran reunirse en un lienzo, todavia no acertaríamos á alabarle cumplidamente por la eleccion del asunto. Justo es y digno de loa, que los artistas pidan inspiracion para sus obras, no solo á lo historia humana, sino á las obras literarias, que constituyen la gloriosa historia del espíritu. Pero creemos que el arte, encargado siempre de presentar á los pueblos digna enseñanza, debe buscar mejores asuntos para sus composiciones, que los que pueden ofrecerle dos amantes culpables y un marido engañado. Harta desmoralizacion cunde por donde quiera, para que todavia se encargue el arte de idealizar el adulterio.

El tribunal de las aguas de Valencia, cuadro del señor Ferrandiz, es uno de los mejores que en este género encontramos, distinguiéndose por la expresion perfectamente intencionada de las figuras, por la verdad en las actitudes y por el acierto en la composicion. Notamos, sin embargo, que algunas veces, fijo sólo el pensamiento del artista en dar expresion á las figuras, ha descuidado el dibujo de una manera digna de censura, y el color ha resultado frio y desapacible. La luz se halla esparcida con demasiada igualdad en este lienzo: á pesar de tales defectos, el cuadro es bellissimo y acreditado al señor Ferrandiz como uno de nuestros primeros pintores de costumbres. Iguales bellezas y defectos encontramos en *El charlatan político* y en *La tumba de los secretos*, obras del mismo autor.

El señor Rincon ha espuesto un lienzo representando *El reparto de la sopa en un convento de Capuchinos*, cuadro con muy buenas condiciones de co-

lor, lleno de vida y movimiento, pero estremadamente descuidado en el dibujo, defecto que esperamos corrija este artista, pues ofrece tambien grandes esperanzas como pintor de costumbres.

Un retrato, y la *Narracion de las campañas*, obras ambas del señor Leon y Escosura, demuestran sus grandes adelantos en este género, y nos ofrecen para lo porvenir un digno imitador y quizá compañero del distinguido artista murciano Ruiz Perez.

El señor Zamacois ha presentado un cuadro con el título de *La primera espada*, felicísima imitacion de la escuela flamenca, que ya mereció justas alabanzas en la esposicion del vecino imperio, y que en la nuestra ha sido objeto de análogas manifestaciones. Sin embargo, este artista, que tan merecida reputacion goza en el género á que se dedica, debe cuidar siempre de permanecer consecuente en el buen dibujo que le ha distinguido, pues notamos en su cuadro alguna tendencia á descuidar esta importantísima base de toda creacion pictórica.

Miguel Angel velando á su criado Urbino, cuadro del señor Moragas; *El solteron y su criada*, del señor Flores, y *La visita inesperada*, del señor Laguna, nos indican en sus autores condiciones de artistas que esperamos ver mejor desarrolladas en otras obras para poder juzgarlos acertadamente.

De propósito hemos dejado para los últimos en este género de cuadros los del señor Domingo, representando *Un lance del siglo XVII*, *Un calabrés* y *Un concierto*. En estos lienzos, y sobre todo en los dos primeros, encontramos tal valentia, tan feliz expresion, tan intencional dibujo, que con placer elogiamos á su autor, y presentimos encontrar en él un pintor, que en esposiciones venideras está llamado á elevarse á grande altura. Mas para esto es necesario que el señor Domingo copie mucho del natural, estudie con aplicacion constante, y no se abandone, fiado sólo en los esfuerzos de su genio, porque éste aislado, sin el estudio, fácilmente se extravía.

En copias de animales, bodegones, frutas y flores, se han presentado en este año algunos, aunque escasos cuadros de gran mérito artístico. *El gallo y gallinas espantadas por un perro*, obra de don Federico Jiménez, es una copia de la naturaleza tan admirablemente hecha, de tan buen color, tan bien dibujada, con tanta verdad, que bien puede decirse coloca á su autor en tan preferente lugar, que difícilmente encontrará competidor. Su *Nido de palomas* y su *Mesa de cocina*, son igualmente obras dignas de tan distinguido artista.

La copia de interiores y de perspectivas de edificios, ha tenido este año dignos representantes en el señor Gonzalvo y en el concienzudo é inteligente Parcerisa. *La Lonja de Valencia* y el *Interior de la capilla real de Granada*, son los dos cuadros del señor Gonzalvo, y de ellos el segundo, es mejor, á no dudarlo, que el primero. Sin embargo, en uno y en otro notamos descuido en las figuras, y sobre todo en el último, algunas libertades, que el pintor de esta clase de obras no puede tomarse sin incurrir en censura. Nosotros, que tantas veces hemos contemplado el religioso templo donde descansan los conquistadores de Granada, no pudimos reconocerlo á primera vista en el cuadro del señor Gonzalvo. En él no se encuentran, ni las verjas que rodean los sepulcros, ni la magnífica reja que cierra el crucero; y en cuadros de este género, tales licencias no pueden admitirse. Fuera de esto y de alguna falta de proporcion que se nota entre las dimensiones de los sepulcros y el resto de la capilla, el cuadro tiene todas las condiciones de ambiente, de luz, de color y de verdad que tanto avaloran los lienzos del señor Gonzalvo.

El señor Parcerisa, en su *Interior de la catedral de Tarragona*, revela perfectamente al estudioso observador de la historia del arte en nuestra patria, si bien en cuanto á condiciones pictóricas no le encontramos á la altura que en obras de anteriores esposiciones.

En cuanto á paisajes, nos ofrecen notables estudios y cuadros de tan difícil género, varios artistas, entre los cuales citaremos al señor Monleon, que en sus lienzos *La bahia de Javea*, *Tempestad y naufragio en el cabo de San Vicente* y *Antes de la tempestad*, demuestra ser aprovechado discípulo del señor Haes y nos ofrece grandes promesas para lo porvenir. El señor Araujo, de la misma escuela, ha presentado en *El jardin de un parque* un cuadro, que á las bellezas del paisaje reúne las de las figuras y grupos que le prestan animacion y vida. *El Pardo al disiparse la niebla*, del señor Muñoz Degrain, revela tambien esfuerzos dignos de ser alentados. El catalan señor Urgel demuestra en sus dos cuadros gran sentimiento artístico y que puede llegar á ser un verdadero paisajista; y el señor Rico, pintor, que por su talento y obras anteriores, debiera ocupar un primer puesto en la presente esposicion, donde tan merecidas alabanzas ha alcanzado su cuadro, *La salida de misa*, nos ha ofrecido paisajes, buenos indudablemente, pero que no han llenado por completo las aspiraciones de los que esperaban mucho más de su talento artístico. Sin embargo, el *Molino de Gabás*, el mejor de los cuatro paisajes que ha espuesto, es cuadro que por sí solo autoriza cumplidamente la reputacion de un ar-

tista. En retratos, trabajos que siempre consideraremos como estudios, mas que como obras de arte, se han presentado muchos en la presente esposicion, entre los cuales sobresalen, los ya citados del señor Puebla, alguno del señor Balaca y el de una niña gallega, en que el artista señor Izquierdo ha dado acertada muestra de ser buen colorista.

La escultura en la presente Esposicion no ofrece el adelantamiento que seria de desear. Pero pecaríamos de injustos, sino recordásemos los nombres de los señores Figueras, Sampsó, Valmitjana y Gonzalez y Jimenez que, á pesar de las pocas esperanzas que como medio recursivo puede ofrecerles el arte á que se dedican, han procurado sostener en la presente esposicion su buen nombre: y sobre todo, sino saludásemos con verdadero entusiasmo al señor Suñol, que con su bellísima estatua de *Himeneo*, y la del *Petrarca*, tan perfectamente estudiada, como sentida, ha conquistado envidiable lugar entre nuestros buenos escultores.

En arquitectura, arte de difícil manifestacion en el presente siglo, que no puede darle carácter propio, se han presentado varios proyectos, que por lo general demuestran en sus autores estudio y constancia, y buenos deseos de imitar este ó el otro estilo. Sin embargo, llama notablemente la atencion el atrevido proyecto del señor Marin Baldo, verdadero poema artístico consagrado á Colon. Como delirio hemos oido calificar á algunos este proyecto; pero aunque asi fuera (lo cual no concedemos) la obra del señor Marin Baldo, seria el delirio de un espíritu superior.

El examen de tan colosal monumento necesitaria una serie de artículos especiales; y sin renunciar á tan grato trabajo, nos limitamos por hoy á decir, que prescindiendo de algunos defectos de forma, el monumento á Colon responde á la grandeza del navegante genovés, que en Dios puesto el pensamiento y en la ciencia su mira, rompió con tenaz insistencia las cerradas brumas de horizontes desconocidos, para levantar poderoso á la admiracion de la humanidad un nuevo mundo.

Aquí deberíamos terminar estos mal escritos apuntes acerca de la Esposicion de 1866, sino deseáramos consignar un pensamiento inspirado por el criterio que vemos ha presidido en la adjudicacion de los premios. En ella, el jurado ha seguido por norma el respeto á los obtenidos en Esposiciones anteriores; y esto no lo conceptuamos acertado. En cualquiera otra manifestacion del ingenio humano, el escritor, el músico, el poeta, no encuentran garantía en sus obras anteriormente aplaudidas, para que obtengan igual resultado las de menos mérito que publiquen despues. El arte debe premiarse por el arte, no atendiendo á los triunfos anteriores de los artistas. De otro modo, la noble emulacion desaparece, y los resultados de tal sistema redundan siempre en perjuicio del arte que se pretende proteger.

J. DE DIOS DE LA RADA Y DELGADO.

ESTUDIO COMPARATIVO

DE LOS PRINCIPALES HISTORIADORES GRIEGOS Y ROMANOS.

(CONTINUACION.)

Pero la obra en que mas resaltan las bellas dotes del estilo de Jenofonte, es la *Ciropeia*, clasificada generalmente entre las obras históricas, pero que realmente tiene mas de ficcion en el fondo que de relacion verídica; Jenofonte, sin embargo, adopta enteramente la forma histórica, sin dar á conocer que se propone trazar el ideal de la educacion de un príncipe, hasta que la lectura atenta descubre que aquel conjunto tan bello no está formado con datos sacados de la civilizacion de la Persia, sino tomados hábilmente de lo mas adelantado de la sociedad helénica, combinados con no menos arte con algunos de los rasgos distintivos del carácter oriental, y los suficientes hechos históricos necesarios para dar á la obra toda la verosimilitud posible: no es, por consiguiente, la *Ciropeia* mas que una especie de novela histórica, una forma agradable y disimulada de dar á los griegos una leccion escelente, y no un tratado del carácter de la Anabasis; pero en obsequio á la costumbre de hablar de ella entre los escritos históricos de nuestro autor, y ya que el aspecto de la *Ciropeia* es el de una narracion verídica, diremos algo de su asunto y de su mérito. La vida de Ciro el Grande, su educacion, sus virtudes y su muerte, son el objeto de esta obra; su nacimiento, referido de distinto modo que lo hace Heródoto, es sin embargo, mas verosímil; su esmerada educacion entre los hijos de los principales magnates persas, es uno de los asuntos mas predilectos; Ciro en su primera edad no ve mas que ejemplos de virtud; sus ejercicios intelectuales y corporales le van disponiendo para ser un valeroso guerrero y un verdadero padre de sus súbditos; llega á su virilidad y sucede por derecho de nacimiento á Ciaxares; en su reinado colma las esperanzas de sus progenitores, siendo un modelo de solicitud patriarcal por el bien de sus pueblos y un azote terrible para los enemigos de la na-

cion; en sus máximas es un verdadero esparciata, en su trato un fino ateniense; la sociedad misma que le rodea transporta la imaginacion del lector á la culta Grecia: muere, en fin, el ilustre conquistador en el seno de su familia, despues de haber sacrificado piadosamente en el altar de los principales dioses de la Persia y pedídoles mil bendiciones para su pueblo, y despues de exhortar con paternal solicitud á sus dos hijos para que sepa el primero conservar el cetro con gloria y amado de sus vasallos, y el segundo obedecer y auxiliar con cariño fraternal á su hermano, en quien la suerte habia puesto el imperio con tanto afan conservado y estendido por su padre. Todo este cuadro de la vida y las costumbres del Gran Ciro, embelsa de tal modo el alma filantrópica de Jenofonte, que le obliga á derramar en él toda la dulzura de su estilo y á perfeccionar igualmente todas las partes de la obra; asi es, que en ella no hay episodio que no sea interesante y estrechamente relacionado con el asunto, los caracteres están perfectamente desarrollados, y en fin, toda la obra respira aquella elevada filosofia de la escuela de Sócrates, que aplicada á la vida política por un talento tan práctico como el de Jenofonte, dieron por resultado una enseñanza mas accesible y fecunda que la de la *República* de Platon, su émulo.

Tal fue el desenvolvimiento del género histórico en el siglo de oro de la Grecia y tales los modelos que con algunos otros posteriores legó aquella maestra de la literatura, á su hija predilecta la romana, para que ésta trasmitiese á su vez esa parte de la herencia del genio y del arte á los pueblos modernos.

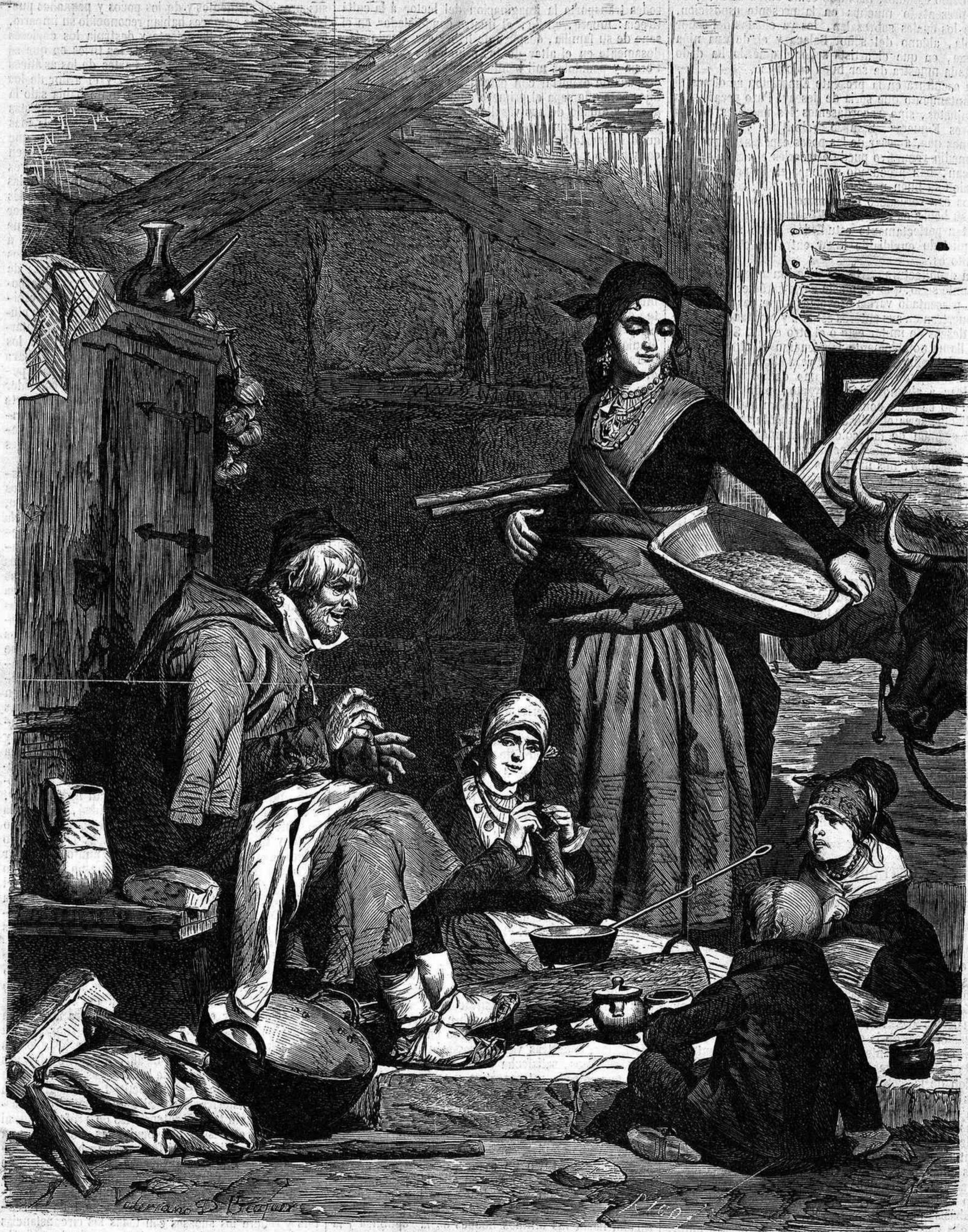
Roma, que al contacto con la elevada cultura de los griegos habia desarrollado una gran fuerza intelectual y apropiándose en el espacio de un siglo todas las formas que habia creado la literatura helénica, no podia menos de hallar muy conforme con su genio la narracion pintoresca de los sucesos públicos, tan grandes, tan interesantes, tan fecundos en resultados como lo habian sido los del pueblo-rey. Era una necesidad en el grado de cultura á que habia llegado la sociedad romana durante el siglo anterior á Jesucristo, el consignar verídicamente los medios por donde la astuta política del Senado y la infatigable perseverancia del pueblo habian llegado á poner á los pies de la ciudad eterna todo el mundo conocido; pero era al mismo tiempo una necesidad del entusiasmo, una consecuencia de la impresion que tan grandes acontecimientos habian de producir en el ánimo, el dar á la narracion una forma animada y artística, que representase no sólo los hechos exteriores en toda la variedad y belleza de sus detalles, sino tambien el efecto combinado que hicieran en el alma la contemplacion de los hechos, la generalizacion de sus causas y resultados, y la mezcla de imaginacion y sentimiento que siempre interviene en los pensamientos que afectan á la felicidad humana, y esa forma habia de tomarse de la literatura griega, como casi todas las que pasaron bajo la pluma de los romanos, por esa ley del entendimiento, que tratando de llegar á sus fines, no inventa los medios, mientras tiene donde imitarlos. Asi sucedió, en efecto, y los cuatro grandes historiadores romanos de quienes tenemos que hablar, son en mayor ó menor grado, una prueba de esta verdad. De ellos el que mejor representa la voz del pueblo romano narrando sus hazañas, el que tuvo una vocacion mas manifiesta y decidida á la profesion de historiador, es Tito Livio.

Tito Livio es, en efecto, la personificacion de Roma, que despues de haber estado por espacio de siete siglos trabajando en su constitucion interior y en su engrandecimiento y dominio sobre los demás pueblos, atenta sólo al porvenir y teniendo en nada todos los sacrificios, mientras vaya aproximándose al término de sus deseos, satisfecha al fin de tantos esfuerzos, echa una mirada retrospectiva y se complace en recordar todas las alegrías, todos los temores, todas las satisfacciones y hasta los mismos reveses que á veces la llenaran de luto y fueran un motivo mas para empeñarse en la lucha y gozar despues con mas vivas ansias de una victoria conseguida á tanta costa. Todo respira en Tito Livio un amor ternísimo á la ciudad eterna: el investigar lo que en ella habia acontecido desde su fundacion y aun desde que los dioses condujeron al piadoso Eneas á poblar aquel pais predestinado, hasta los últimos hechos de la república y la benéfica administracion de Augusto, y el consignar en ciento cuarenta libros de bellissimo estilo el resultado de sus estudios, fue la ocupacion de toda su vida: Roma aparecia á sus ojos como *el mayor imperio despues del de los dioses*; su destino era revelado con singulares prodigios en todos los momentos solemnes de su vida; sus orígenes especialmente, están llenos de una significacion manifiesta de su futura grandeza; pero en ellos todavia los sucesos memorables son escasos y el poder político camina á pasos muy lentos; mas llega una época en que su constitucion interior se halla consolidada y en lo exterior forma ya la república una potencia respetable, hasta el punto de haberse de decidir la suerte del mundo ante la ambicion de dos poderes rivales que aspiran ambos á dominar á todos los pueblos, y entonces crece el entusiasmo del

historiador al ver que la pequeña colonia de Rómulo, que aun no tenia otra civilizacion que la nacida de sus propios elementos y de los pocos y pequeños pueblos que hasta entonces habian reconocido su imperio, arrollaba el poder floreciente y destruia los copiosos recursos de la antigua colonia de los tirios en que se habian reunido las riquezas y las artes de los asiáticos con la energia de los occidentales y el ardor de los pueblos del Mediodia: pero ese triunfo habia sido la página mas sangrienta de la historia de las conquistas de Roma, la mas llena de grandes ejemplos y la mas gloriosa al fin para la república; todo esto hace que el alma sensible y patriótica de Tito Livio derrame en la narracion de la segunda guerra púnica ese interés con que, merced á sus descripciones, recordamos todas las derrotas de Trasimeno y de Cannas, y las altas prendas militares de Anibal y de Escipion el primer africano; y no es sólo la grandeza de Roma lo que admira al historiador; sus afecciones se estenden á toda su manera de ser en aquella época de virtudes cívicas; las formas de la república, que á fuerza de disensiones intestinas habian venido á parar al despotismo mas omnimodo en manos de los Césares, escitan particularmente su entusiasmo y ponen en su pluma numerosas escenas en que se ve al pueblo agitarse en el Foro, ya para reclamar algun alivio para los deudores agobiados por usuras exorbitantes, ya para obtener magistraturas y derechos civiles, ya para pedir noticia sobre los sucesos exteriores ó para conceder ó negar el triunfo á los generales; mas en esta parte tenemos que lamentar la pérdida de los noventa y cinco últimos libros de Tito Livio, que contenian el período mas interesante de la historia de las agitaciones interiores de Roma.

No se crea, sin embargo, que Tito Livio manifiesta directamente sus afecciones y sus ideas sobre los hechos que narra; su historia, como la de Heródoto, es puramente descriptiva, y su sentimiento se revela por todas partes únicamente en la manera de concebir los sucesos y de presentarlos; por eso tiene grande analogia con el historiador de Halicarnaso. Ambos concibieron un plan vasto y pusieron en relacion los inmensos materiales que habian reunido con la idea dominante del engrandecimiento de la patria; ambos gastaron su vida en averiguar los sucesos para referirlos con el mayor grado de verdad posible; ambos admitieron en sus relatos los hechos maravillosos que los autores ó el pueblo habian transmitido á la posteridad, pero tuvieron tambien igual cuidado de referirlos sólo como tales creencias del pueblo; ambos, en fin, se distinguen por el tono épico que dieron á sus historias, ayudado en Heródoto de un plan, una lengua y una manera de concebir enteramente poéticas, y en Tito Livio de un estilo sumamente flexible y de una imaginacion en extremo pintoresca. El estilo, en efecto, distingue á Tito Livio hasta cierto punto de Heródoto, pues aunque uno y otro tengan igual candor, igual abundancia y parecida sensibilidad, tambien la diferencia de épocas habia de dar á cada uno distinto gusto y diferentes medios de expresion. Tito Livio no podia llevar su naturalidad hasta el punto de olvidar las reglas de un arte ya formado y que no habia dado aun el primer albor en tiempo de Heródoto; por el contrario, le era preciso limar el estilo, atender á la propiedad de los caracteres, formar retratos, describir con primor, dar vida al cuadro de las acciones humanas, poniendo elocuentes y bien estudiadas arengas en boca de los personajes principales, distinguir con fino criterio lo verdadero de lo falso; pues todo esto era ya indispensable en el gusto y en el grado de cultura de los romanos; y como á esa necesidad se unia el carácter especial de la literatura latina y la admirable facilidad con que este historiador tomaba todos los tonos y revestia cada pasaje de los adornos mas propios y expresivos, de ahí el que Tito Livio nos recuerde en la profusion de las arengas, en la viveza de las descripciones, en la exactitud cronológica y en la fidelidad histórica, las cualidades propias de Tucídides, pero sin tener pretensiones de profundidad, ni afectar una concision que oculte las ideas bajo una frase comprensible sólo á fuerza de trabajo: Tito Livio es conciso, porque aprovecha la fuerza elíptica de la lengua latina y jamás se propone decir mas de lo que piensa; pero espresa todo lo que concibe, completa los razonamientos desentrañando todo su sentido y refiere los sucesos con todas las circunstancias que influyen en su importancia y magnitud; y finalmente, asi como el carácter general de Tucídides es la grandiosidad, asi el de Tito Livio es la magestad, ese tono especial de la lengua latina que nos recuerda siempre al pueblo-rey y al legislador de las naciones.

Todas estas cualidades imprimen tal atractivo al estilo de Tito Livio, que su lectura arrebatada y no deja lugar al cansancio, haciéndonos interesar por la suerte de Roma, de sus ejércitos, de cada uno de sus personajes, como se interesa el autor. Asi es, que al considerar que el tiempo nos ha privado de seguirle en su narracion mas allá de la conquista de Macedonia, y aun hasta allí no por completo, se siente una penosa impresion, pudiendo apenas consolarnos de la pérdida del escelente trabajo supletorio de Feinsheimio.



COSTUMBRES DE CASTILLA.—SORIA.—EL CUENTO DEL ABUELO. (DIBUJO DE DON VALERIANO BECQUER).

Si Tito Livio llevó á un alto grado de perfeccion el arte histórico, según la forma trazada por los griegos, aunque sin sujetarse rigurosamente á la imitación de ninguno de ellos, CÉSAR, no sólo se abstuvo de la imitación en el estilo, sino que aun en la forma general manifiesta la originalidad de su genio: limitándose á distinguir en su narracion lo indispensable de lo accesorio, para ayudar con lo primero á la exacta determinacion de los hechos y no embarazar con lo segundo la rapidez de la ejecucion, dejó sin embargo, en sus *Comentarios sobre las guerras de las Galias*

y sobre la guerra civil, una prueba mas de las eminentes dotes que hacian de él uno de los hombres mas privilegiados del mundo: en medio de la agitacion de sus conquistas y de sus empresas militares contra Pompeyo, en los raros momentos de quietud que podian dejarle sus vastos y complicados planes, el cuidado de la disciplina de sus ejércitos, las continuas marchas, las cuestiones con el Senado y con los partidarios de su rival, consignaba los acontecimientos que cada dia iban ocurriendo, como quien apunta los datos para formar otro dia una gran historia; y no otro

fue el propósito de Julio César al escribirlos y publicarlos que el de suministrar la materia para que una mano hábil la embelleciese con el estilo que el gusto de la época reclamaba: al tomar este rumbo, caminaba con paso firme, produciendo una obra útil á la humanidad por la importancia y fidelidad de sus relaciones y no destituida de ninguno de los resortes necesarios para sostener interesada la atencion en el conocimiento de los sucesos; y como por otra parte se habia connaturalizado con el lenguaje elegante y castizo de la época mas floreciente del idioma latino, no sólo por



SALVA-VIDAS DE GUTA-PERCHA, INVENTADO POR MR. JHON RIDER, DE NUEVA-KORK.

el trato con la parte mas culta de la sociedad romana, no sólo por el lugar eminente que habia ocupado entre los oradores, el único tal vez digno de oponerse á la mágica elocuencia de Ciceron, sino tambien por sus especiales estudios sobre la lengua que tanto contribuyó él mismo á perfeccionar; por eso sus rápidas Memorias, además de ser un importante documento para el historiador y una enseñanza viva para el guerrero, son tambien para el literato uno de los modelos mas dignos de estudio. No hallamos en él, es cierto, brillantes exordios, episodios de calculado efecto, pomposas oraciones, descripciones traídas para amenizar la lectura; pero dando cuenta de todo lo ocurrido, con claridad y exactitud, refiriendo en breves discursos, casi siempre indirectos, las discusiones del Senado, las conferencias con los legados, las arengas militares, describiendo los paises, mas para la completa comprension de los hechos que para solaz de la imaginacion, caracterizando perfectamente los personajes y dando á conocer con especial tino las costumbres é índole de los pueblos, descubriendo, en fin, cual hábil general, los planes del héroe de sus historias y los de sus contrarios, pone en relieve los hechos y sus causas, y consigue por lo tanto el fin principal que puede proponerse el historiador: y esto en un estilo en que la brevedad se halla hermanada con la elegancia, la sencillez con la representacion viva de los actos y pensamientos de los personajes, la facilidad con la precision y con la mas escrupulosa propiedad en las palabras.

(Se continuará.)

E. M. FERNANDEZ Y CANTERO:

EL CUENTO DEL ABUELO.

ESTUDIO DE TIPOS SORIANOS.

En las eternas noches que siguen á los breves y nebulosos dias del invierno, cuando la nieve dibuja como con un perfil de plata los desiguales tejados de la aldea y el viento zumba agitando las oscuras copas de los pinos, la vida se encuentra en el hogar que nunca mejor que entonces puede llamarse el verdadero templo de la familia.

La llama roja y azul se lia chisporroteando alrededor de los encendidos troncos, la inquieta luz que despidе hace danzar sobre el muro las sombras de los que rodean el fuego, y al compás de los estraños chasquidos del roble que arde, del monótono rumor de la lluvia que descende y del viento que menea los desvencijados tableros de las ventanas, despierta y se alza alegre de entre las calientes cenizas el genio del

hogar y brota espontánea la flor de la velada *el cuento del abuelo.*

El dibujo del señor Becquer, que ofrecemos hoy á nuestros lectores, es una de esas escenas que sorprendidas por el artista al penetrar, para estudiarla mejor; en la vida íntima de los pobres labriegos castellanos, dejan un grato sabor de tranquila felicidad en el alma, sabor especialísimo de verdad y sencillez que les presta todo su carácter cuando mas tarde se reproducen.

SALVA-VIDAS DE GUTA-PERCHA,

INVENTADO POR JOHN RIDER, DE NUEVA-YORK.

En nuestro número de hoy damos un grabado, que representa un salva-vidas de guta-percha, inventado por Mr. John Rider, de Nueva-York. Este utilísimo

bote consiste en varios cilindros de lona cubiertos con una fuerte capa de guta-percha vulcanizada, y los cuales terminan en punta por sus dos extremos, y miden 20 pies de largo por 20 pulgadas de diámetro. Rodéalos una faja de 6 pulgadas de ancho con ojales á cierta distancia unos de otros, para atarlos. El peso que los cilindros sostienen, varía segun que estén ó no inflados con aire, verificándose esta operacion, por medio de un orificio que se halla en el centro de cada uno de ellos. Con estos salva-vidas, cuyas mayores ventajas consisten en su ligereza, duracion y facilidad con que pueden botarse al agua en una tempestad, sin peligro de que se aneguen, se navega á remo ó á vela, y se conservan sin deterioro en pequeño espacio, enrollados, lo cual disminuye considerablemente su volúmen.

Mr. John Rider obtuvo la patente de invencion por los años 62 al 63, habiéndose hecho posteriormente felices ensayos, con especialidad cuando se botaron

Fig 3.

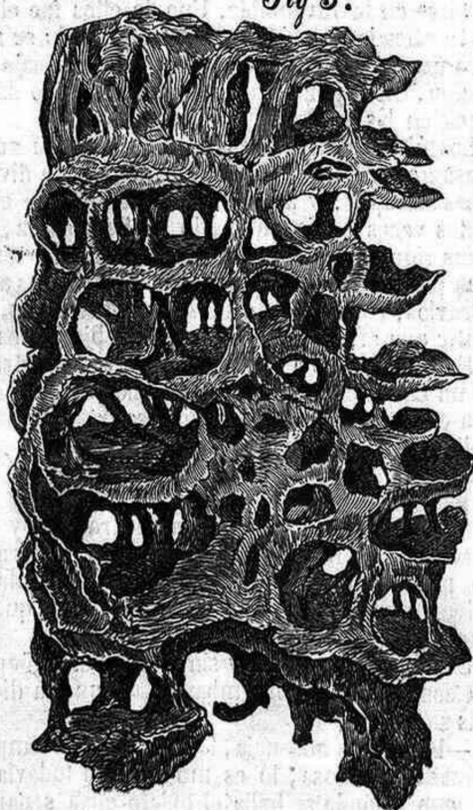
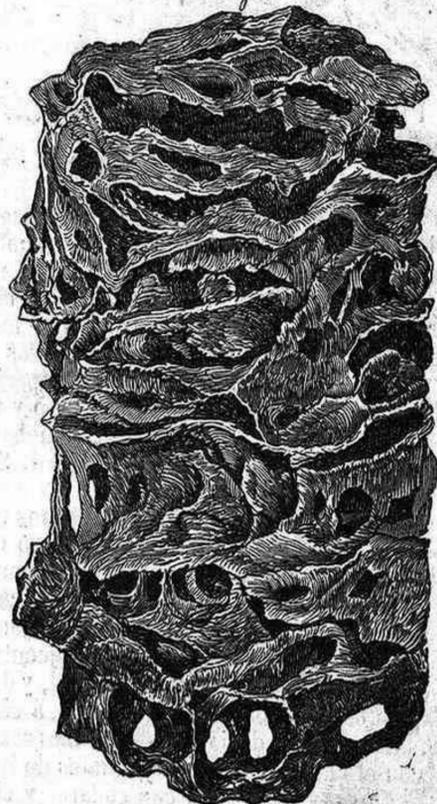


Fig 4.



ARQUITECTURA DE LAS HORMIGAS.—EDIFICIOS CONSTRUIDOS POR ELLAS.

para socorrer al célebre blindado de los Estados- Unidos, *Keokuk*, que echaron á pique en la boca del puerto de Charleston las baterías confederadas.

ARQUITECTURA DE LAS HORMIGAS.

En el lugar correspondiente de El Museo de hoy, verán nuestros lectores uno de los grabados que acompañarán á la *Historia de las hormigas*, obra en extremo curiosa y agradable, que está en prensa, y verá próximamente la luz pública, según hemos anunciado, la cual comprende, entre otros interesantes puntos, los caracteres genéricos, los instintos, las costumbres, la industria, el lenguaje, las guerras en una palabra, todo lo que constituye la vida de aquellos insectos. El grabado á que antes aludimos, perteneciente á la lámina 1.^a, da una idea de los trabajos de las hormigas escultoras. La figura 3.^a representa un fragmento estraido del tronco de una encina ocupado por las hormigas llamadas *fuliginosas*; la 4.^a una pequeña porción de su nido tomado de las raíces del árbol. La hormiga roja, algo más grande que la precedente, sabe esculpir en los árboles habitaciones análogas, pero en más reducida escala. Hé aquí una ligera muestra de la descripción que el autor de la obra, Mr. P. Huber, hace de estos nidos:

«Figurémonos—dice—el interior de un árbol enteramente esculpido, pisos sinnúmero, mas ó menos horizontales, cuyos pavimentos y techos á cinco ó seis líneas de distancia unos de otros son tan pequeños como un naípe sostenido ya por tabiques verticales que forman infinidad de habitaciones, ya por columnitas bastante ligeras que dejan ver entre sí la profundidad de un piso entero, y el todo de una madera negruzca y ahumada, y se tendrá una idea exacta de la ciudad de las hormigas.

«La mayor parte de los tabiques verticales que dividen cada piso en habitaciones, son paralelos; siguen la dirección de las capas leñosas, siempre concéntricas, lo que da cierto aspecto de regularidad á la obra: las columnas son de una á dos líneas de espesor, mas ó menos redondeadas, de una altura igual á la elevación del piso que sostienen, mas anchas en los extremos y puestas en línea, porque están talladas en tabiques paralelos.

«¡Qué multitud de habitaciones, salas y corredores no se procuran estos insectos con su sola industria, y qué trabajo no debe costarles tan grande empresa!»

Y mas adelante:

«Aquí, hay galerías horizontales ocultas en gran parte por sus paredes, que siguen las capas leñosas en su forma circular. Estas galerías paralelas, separadas por tabiques muy pequeños, no tienen comunicación mas que por algunos agujeros ovalados, practicados de trecho en trecho; tal es el trazado de esta obra tan delicada y lijera.

«En otra parte, estas avenidas abiertas lateralmente, conservan todavía entre sí fragmentos de paredes que no han sido derribadas, y se nota que han hecho en algunos trozos tabiques trasversales en el interior mismo de las galerías para formar habitaciones. Cuando el trabajo está mas adelantado, se ven siempre agujeros redondos sostenidos por dos pilares colocados en la misma pared. Con el tiempo, estos agujeros llegan á ser cuadrados, y los pilares, al principio arqueados en sus estremidades, se cambian en columnas rectas. Este es el segundo grado del arte; tal vez una parte del edificio debe conservarse en dicho estado.»

MUJER PRINCIPAL DE TARRANGOLLÉ

EN AFRICA.

En El Museo de hoy damos un grabado, representando una de las mujeres principales de Tarrangollé, ciudad importante del Latouka, que cuenta tres mil casas, todas fortificadas y divididas en calles de fácil defensa, excepto la calle Mayor, á causa de su longitud. Los salvajes que la habitan, los mas bellos de aquel país, son de elevada talla, valientes y superiores á los ribereños del Nilo Blanco por su aseo y algunas otras particularidades. En las danzas fúnebres, los celebrantes se adornan de un modo original. Sobre sus cascotes ondean grandes plumas de avestruz, cubren su espalda pieles de leopardos y de monos negros y blancos, y se ciñen un cinturón de cuero con grandes campanillas de hierro, que suenan cuando los salvajes se agitan haciendo contorsiones ridículas y lanzando aullidos y gritos infernales. Las mujeres, mezcladas en la especie de galop que aquellos ejecutan, se mueven también, aunque con mas lentitud, y dando gritos plañideros y discordantes: mientras, á cierta distancia, una gran fila de jóvenes de ambos sexos, rapados, y con el cuello y la cabeza teñidos de ocre encarnado y de grasa, adornados con collares y cinturones de cuentas de vidrio, poco mas ó menos, como la figura del grabado adjunto, llevan el compás

con los pies, y hacen resonar los anillos de hierro de sus pies, acompañando á los nogaras ó tañedores de tambor.

RECUERDOS DEL ANTIGUO MADRID.

(LA CALLE DEL PRÍNCIPE EN EL SIGLO XVI).

Nada mas poético, nada mas encantador que la historia de nuestra villa natal, llena de bellos y gloriosos recuerdos que no siempre ha trazado la pluma del cronista, y que con mucha mas frecuencia todavía se ha escapado á la imaginación del poeta ó á la narración del novelista.

Madrid en el siglo XVI no era, ciertamente, la opulenta, la populosa villa que habitamos en la actualidad, pero aunque mas reducida en población y quizá no tan abundante en riquezas, encerraba en su seno lo mas ilustre y noble de aquella monarquía en cuyos dominios nunca se ponía el sol, y que adornaba su frente con la corona de ambos mundos.

El lujo y los placeres dominaban en ella como en todas las ciudades de alguna importancia, y las celebradas damas cuyo nombre nos han transmitido la poesía y la novela, eran objeto de las adoraciones de un gran número de galanes, conocidos generalmente por sus hazañas, notables siempre por su valor y dignos constantemente de la hidalga sangre que corría por sus venas.

Entre los nombres de aquellas damas, nos ha legado la historia el de doña Prudencia Grilo, hija de unos ricos banqueros genoveses, y á la sazón reina de la hermosura, el lujo y la moda. Su casa, situada en la calle del Príncipe, una de las mas modernas entonces de Madrid, era concurrida por todo lo mas distinguido que se ostentaba en la corte. Hallábase halagada la opulenta heredera por las mas lisonjeras ofertas, pero su mano y su corazón hacia ya tiempo estaban dados á un caballero, con el cual no debía tardar en unirla el destino.

Empero, su amor al lujo, su deseo de presentarse en medio de las hermosas á quienes eclipsaba con las gracias de su rostro y el esplendor de su traje, la detenían en llevar á cabo unos votos formados no tan en secreto que no se supiesen en toda la corte, y fueran con frecuencia objeto de sus murmuraciones. Mas nada importaban á la dama tan importunas habillitas, teniendo la seguridad de que su presencia bastaba para cortarlas, y de que los mismos envidiosos por quienes era criticada, á la menor de sus miradas se postrarían á sus pies, la adorarían de hinojos si les concedía una sonrisa.

Los años pasaban, entre tanto, y Prudencia no acudía á los altares para que la religión consagrara su amor, y los cortesanos, galanes y desocupados, continuaban en sus murmuraciones. Entonces su amante ó ella misma acaso decidieron tomar una resolución, en lo que les favoreció, en apariencia, la fortuna, para vivir separados por algun tiempo y hacer olvidar unos amores que habían llegado á ser el tema de todas las conversaciones.

Preparaba Felipe II su formidable Armada, que debía acabar para siempre con Inglaterra, nuestra rival en los mares, nuestra rival también en religión. Todos los españoles que valían algo y se tenían en algo, todos los que sentían arder en su pecho la santa llama del patriotismo, se aprestaron en esta ocasión á seguir la señal dada por su político monarca, y corrieron á alistarse en la Invencible. Uno de ellos fue el amante de Prudencia. La historia nos ha ocultado su nombre, pero nos da á entender que era un personaje de distinción, diciéndonos que llevaba un mando de importancia en las galeras.

Los últimos días que pasó al lado de su amada los consagraron entrambos á todo género de diversiones y pasatiempos, y á brillar en medio de una corte que tantas veces había admirado su hermosura, su lujo y sus riquezas, y que entonces adivinando sus próximos padecimientos, hasta les perdonaba sus amorosos extravíos, corriendo á saludarlos y festejarlos, sin sentir que era la última vez que debía verlos juntos.

Esta idea, que á nadie parecería extraña tratándose de un caballero que debía marchar á tomar parte en una empresa en extremo peligrosa, apenas había cruzado por la imaginación de Prudencia, y cuando á ella se presentaba, procuraba alejarla como un fantasma que venía á interrumpir su inalterable tranquilidad. Pero llegó la hora de la separación, y el caballero, que la había retardado cuanto le fuera posible, no pudo ya menos de anunciar á su amada que no volverían á verse en mucho tiempo, si es que el destino no los separaba ya para siempre.

Sonrióse Prudencia, y sin tomar por agüero la expresión, insistió, sin embargo, en que la diera noticias suyas.

—Pues toda ausencia, le dijo, que es siempre por sí demasiado penosa; lo es mucho mas todavía cuando se ignora dónde se halla el objeto cuya separación se lamenta.

—Teneis razon, la contestó el caballero, mas no

creo prudente daros noticias mias hasta mi regreso ó mi muerte.

—A vuestro regreso no dudo que las tendré, pues supongo no dejaré de veros, pero despues de vuestra muerte no sé cómo habeis de dármelas.

—Tocando estos damascos, dijo el caballero,—é indicó los que estaban colgados en la sala;—también moveré, añadió, las gabetas de ese escritorio, y la última señal consistirá en descorrer las cortinas de la cama.

Tomó á chanza Prudencia las palabras de su amante, y al separarse, en vez de verter lágrimas de dolor, se las repitió irónicamente; tan distante se hallaba de su corazón la idea de que llegarían á cumplirse.

El caballero, por el contrario, se alejó triste y pensativo, porque en su alma se había grabado un profundo pensamiento, y deploraba sin saberlo la ceguedad de aquella mujer, en la cual deseaba un cambio que no se sabía explicar, y por el que hubiera dado con gusto su vida; milagro de amor mucho mas frecuente de lo que por lo general se cree, ó mas bien instinto de la virtud, que nos domina aun en medio de los mayores extravíos, prefiriendo la muerte á vivir arrastrados por borrascosas pasiones, cuyo término no puede menos de ser tan doloroso como triste.

A los pocos días, Prudencia había olvidado á su amante y se entregaba á sus acostumbrados placeres. Decíase á sí misma, que debía probar al mundo la indiferencia con que siempre se había entregado á sus amorosos devaneos, y bajo este ficticio pretexto era la primera en presentarse en todas las diversiones, en lucir su constante lujo, sus trenes y sus trajes. Seguíanla los caballeros, y las damas procuraban ganar su amistad, pues como la miraban como la reina de la hermosura, no creían bastante adornada su casa, cuando faltaba la perla cuyo brillo era sin igual en toda la corte. Disputábanse sus favores y se promovían pendencias por pasear su calle y aproximarse á la puerta de su casa cuando salía. No había paseo, diversion ni baile en que no se presentase, y en todas partes era agasajada y aun idolatrada por los admiradores de su lujo y sus riquezas.

Empero, una noche en que se retiró mas tarde de lo que acostumbraba, se reclinó en su lecho sintiéndose cansada, despidió á sus doncellas sin desnudarse, y quedó á solas como si su corazón la dijese que debía alejar toda clase de testigos.

Al poco rato, cuando iba á quedarse traspuesta, le pareció que se movían los tapices, se incorporó en el lecho, miró en su derredor, y no le quedó duda; los tapices se movían, en efecto, sin que los menease mano alguna; se levantó como á cerciorarse por sí misma; no había nadie en su habitación ni en las inmediatas; sus criadas dormían muy lejos. Quiso volver á su lecho, pero le faltaron las fuerzas, y dirigió sus miradas involuntariamente á las gabetas de su escritorio. Entonces, como impulsadas por un oculto secreto, se movieron también las gabetas de su escritorio, y angustiada la dama, quiso dar un grito, pero no pudo, y se encaminó maquinalmente á su cama. A su llegada, se descorrieron las cortinas, lanzó un ¡ay! cayó desmayada, y cuando volvió en sí, se hallaba en brazos de sus doncellas.

Continuó enferma durante algunos días, y mandó cerrar todas las puertas de su casa, pues víctima del dolor, no quería ver á nadie hasta saber si era verdad ó ilusión lo que había presenciado. Recordaba la despedida de su amante, sus postreras palabras, y temía que hubiese muerto; así se lo decía su corazón, mas deseaba ocultárselo á cuantos la rodeaban, pues no teniendo á su lado mas que personas de esas cuyo carácter las hace suponerse despreocupadas, temía se burlasen de ella, como ella se había burlado del hombre que sin saberlo y por secreto impulso había dado su vida por su salvación.

Quando su salud comenzó á mejorar, ya era pública en Madrid la pérdida de la Armada y la muerte de su amante; quisieron ocultársela por algun tiempo, pero la leyó en los semblantes de todos, y apenas le quedó duda alguna, abandonando el lecho. Aquella mujer que hasta entonces había vivido en medio de las delicias y de los placeres, que había saboreado todo género de comodidades y de regalos, á la que hería el sol y dañaba el aire, comenzó la vida mas austera y penitente de que haya habido ejemplo en su siglo y acaso en los posteriores.

Vendió sus joyas y vestidos, sus esmaltes y trenes, y redujo su casa al estado de pobreza que conviene á los que abandonan el mundo conociendo sus engaños. Dedicó el producto de sus bienes á sustentar y recoger niñas huérfanas y mujeres abandonadas, y se consagró á educar á las primeras, á librar á las segundas del vicio y sus consecuencias. No la faltaron compañeras que la ayudasen en su santa empresa algunas señoras, que habían sido sus rivales, que le disputaron el imperio de la moda, quisieron rivalizar también con ella en sus caritativas tareas, y dejando su muelle vida, se entregaron á obras de caridad. Prudencia y sus compañeras no fueron, sin embargo en un principio verdaderas religiosas, pues aunque vestían el áspero sayal y se entregaban á la oración y maceraciones, no vivían bajo ninguna regla monás

tica. Dióselo al fin el V Alonso Orozco, y entonces se fundó el convento de Santa Isabel de Agustinas Recoletas, situado en un principio en la calle del Príncipe, en la casa propia de doña Prudencia Grilo, que al tomar el velo en 24 de noviembre de 1589, cambió su nombre en el de María de San Agustín.

Trascurridos veinte años, María de San Agustín murió ya en la mejor opinión por sus virtudes y penitencias. Un día que se hallaba en el convento de la calle del Príncipe la reina doña Margarita de Austria, oyó violines y preguntó á las religiosas si tenían música en casa. Contestáronla que no, añadiendo provenir aquellos sonidos del inmediato teatro, y entonces la piadosa soberana comprendió que aquel sitio no era lo mas á propósito para el necesario recogimiento de las que se hallaban consagradas á la vida religiosa. Hacia poco que se habia confiscado á Antonio Perez, el célebre ministro de Felipe II, una casa de campo que poseía en las afueras y sitio donde hoy se halla la calle de Santa Isabel, que ha tomado su nombre de este convento, y á él fueron trasladadas las religiosas en 4 de diciembre de 1610; carecieron, sin embargo, por mucho tiempo de iglesia, que construyó despues Felipe IV, habiendo continuado hasta nuestros dias la fundacion de María de San Agustín.

JOSÉ S. BIEDMA.

PESADILLA (1).

Sonaba yo cierta noche
(y no es de invencion el sueño)
que sin dolor y sin fuerzas
iba á dar mi último aliento.

Mi padre bañado en llanto,
mis parientes en silencio,
consternados mis amigos,
todos cercaban mi lecho.

Me hablaban, no respondía;
me contemplaban inquietos;
decían: «está espirando,
no hay para el triste remedio.»

«¡Lástima! (esclamaban unos).

«Era un mozo de provecho
(murmuraban otros);» hubo
quien lloró; tambien me acuerdo.

Todo lo via yo, en tanto,
y mirando sus estremos:

—«¿Es posible (me decia)
que me compadezcan estos?

«Yo voy á dejar la vida,
es decir, los sufrimientos,
y ellos vuelven á la lucha:

¿la desgracia es mia, ó de ellos?»

Sentí á poco un parasismo,
crujió el barro, y sin esfuerzo
quedó inmóvil para siempre
el corazón en mi pecho.

Crujió el barro; pero el otro
¿qué direis que pensó luego?

—«Mejor me encuentro que estaba.»

¿Será una verdad el sueño?

SÚPLICA.

Niña de mis ojos,
lirio de la Alhambra,
si los cuerpos mueren
no mueren las almas.

Cuando al sol se abrieron
tus pupilas pardas,
llorado yo habia
abundantes lágrimas.

Niño es mi deseo,
niña mi esperanza,
pero ya seis lustros
mis sienes escarchan.

¿Lo comprendes, niña?
el temor me asalta
de que se alee un túmulo
entre tí y mi alma.

Dime ¿y si yo muero,
ansia de mis ansias,
no te acordarás
del triste que viaja?

Niña de mis niñas,
por lejos que vaya
vendré á visitarte...
¿lo hice veces tantas!

«Siempre,» me dijiste;
las tumbas no engañan;
si despues que muera
á tu fe no faltas,

Yo sé que en sus bordes
el amor señala
cada pensamiento
con una flor gualda.

(1) Las cinco primeras poesías que aquí insertamos, son inéditas, las compuso, poco tiempo antes de su muerte, el malogrado Galvez Amandi, que tenia todas las dotes de un buen lirico de sentimiento. (N. de la R.)

Amor de mi vida,
lirio de Granada,
piensa en mí, haz un cármén
de mi tumba helada.

INSTABILIDAD DE LA VIDA.

Ya pasó el estío,
y llegó el otoño,
hojas arrancando,
descubriendo troncos.
Diciembre se acerca,
á su helado soplo...
¡ay flores! ¡ay árboles!
¡ay hombres! ¡ay todo!

INCOGNITA.

Dios es Dios, el mar inmenso,
el pensamiento sin límites,
clara y bulliciosa el alba,
la noche callada y triste,
las flores encantadoras,
negro el cuervo, blanco el cisne,
el hombre es malo ó es bueno,
la mujer... ¡incomprensible!

TRIBUTO.

Si me sirvieron de cuna,
mujer, tus propias entrañas;
si tu seno me ofreció
fuente en que mi sed saciara;
si con tus labios secaste
mil y mil veces mis lágrimas;
si débil, me sostuviste;
si jóven, cursé en tus aulas
de amor la ciencia dulcísima;
si hombre, mis penas solazas;
si me enseñaste á sentir,
que es mi vida mas preciada;
¿qué mucho que yo, á mi vez,
te ame, te admire, te aplauda,
te idolatre y te veneré
como al alma de mi alma?

RAFAEL GALVEZ AMANDI.

EN LA VENTANA.

—«¡Ya al alba tocando están!
¡Tampoco esta noche viene!...»

Y los suspiros á Irene
El alma arrancando van.

¡Pobre Irene! en la ventana

Pasa la noche esperando,
Y allí, la infeliz llorando,
Le sorprende la mañana.

¡Pobre niña sin ventura,

Pobre violeta nacida

Para apurar en la vida

El cáliz de la amargura!

Ignora que desde el cielo

Su amante la está mirando,

Y sigue y sigue llorando

En su amargo desconsuelo.

¡Y tanto la pobre llora,

Que el llanto al fin la consuela,

Pues al fin Irene vuela

A donde su amante mora!

JUAN QUIRÓS DE LOS RÍOS.

DESPUES DE MUERTO.

(CONTINUACION.)

El ver á mis amigos compadecerse de mi suerte, me impulsa á esclamar:—Vamos, no hay que afligirse, no me he muerto todavía.

Las mentiras de mis deudores, me obligan á decirles:—Ustedes son los que me deben.

Y eso de que el edificio mismo en que habité se encargue de participar á todo el mundo que yo estoy en el otro y no en este, dificultando la entrada y la salida, lo encuentro impropio, pues lo que es las puertas de la muerte siempre están de par en par abiertas.

Pero ¿quién fia en las apariencias? El mejor día se consuela mi amada con el primer novio que la salga. Mis amigos concluirán por decir que fue una bestialidad mi muerte. Mis deudores harán creer á todo el mundo que mi desgracia les ocasionó pérdidas enormes, y los vecinos, encontrando abiertas las dos hojas de la puerta, esclamarán:—A ver si no le da la gana de morirse á algún otro de la casa.

Y, al aparecer yo otra vez en escena, mi novia, arrepintiéndose de su anterior pasión, me daría calabazas, los amigos me obligarían á que les convidase por

haberles dado un chasco tan pesado, mis deudores me volverían á pedir y el portero de mi casa murmuraría porque la puerta se habia ensuciado por estar entornada.

Resolví continuar en el otro mundo.

Mi amada no salió de su casa en una semana.

Mis amigos acudían á dejar targetas á mi familia. Esta, que era algo lejana, continuó de luto.

Mi antagonista de duelo se calló como un muerto.

Enrique escapó de Madrid. El sumario continuaba.

Tal era la situación producida por mi desgraciada suerte, cuando leí los anuncios de la *Gaceta* y el *Diario de Avisos*.

Dispuesto á tomar dichos anuncios en el tono mas serio posible, escribí al juez de mi causa.

«El cadáver que usted busca, acaba de almorzar en la fonda de Embajadores.»

Despues me vestí de luto y concurrí á mis funerales, como uno de tantos amigos del difunto.

Presidían el duelo dos enemigos míos: al pasar junto á ellos, en vez de darles el pésame; sentí impulsos de decirles: «que sea enhorabuena.»

Sin embargo me contuve, y como habia sabido rezar por mí, supe tambien decir por mí tambien: *que descanse en paz*.

Y efectivamente, me fuí á descansar, porque tenia sueño.

VI.

Yo habia contado sin la huéspedada.

Mi anónimo al juez se tomó por un desacato á la autoridad, y se empezó á formar otra causa. Si la primera no se sabia contra quién se incoaba, mucho menos podia saberse el reo de la segunda; porque la letra del anónimo era mi letra, la letra que tenia yo cuando estaba vivo, y yo era ya un cadáver.

El juez consultó con el escribano: éste, que no encontraba la pista al asunto, propuso un «Al fiscal» y evacuando el dictámen que en el auto se le mandaba, el representante de la ley, dijo:

«El promotor fiscal es de opinion que se exhorte á todos los juzgados de España, por si ha llegado á alguno de ellos el cadáver ó noticia del mismo, y que, en cuanto al anónimo, se examine por peritos caligráficos y paleógrafos si es de letra del muerto, y cuando pudo escribir este aviso.—Que se haga comparecer al dueño y mozos de la fonda de Embajadores, que se examinen el papel, plumas y tinteros que haya en dicho establecimiento, y finalmente, que, en caso de no haberse pedido el día anterior utensilios de escribir en el establecimiento citado, comparezcan todos los dueños principales ó encargados de las demás fondas de la corte á dar razon de la persona ó personas que pudieron escribir aquel día en su establecimiento el anónimo en cuestion.»

¡Oh! ¡y qué ojo que abrió el escribano entonces!—«Como lo pide el fiscal» fue el auto que hizo firmar á S. S. y empezó á manejar vigorosamente la pluma, y á ocupar á sus dependientes, á hacer correr á los alguaciles, y á llamar á todo el mundo á la causa.

No habiendo resultado nada de la primera declaracion, fue de ver la procesion de fondistas que formaban cola en el Juzgado.

Al cabo de los juramentos, preguntas, repreguntas y demás, llegó á saberse que no se sabia nada.

Un fondista dijo, que aquel día habia visto á uno á quien tenia por poeta, escribir en su fonda con lápiz.

—Otro aseguró haber, asimismo, visto á uno que debia ser escritor público, escribir unas cuartillas con una pluma de ave y tintero de cuerno que llevaba en el bolsillo.—Un tercero afirmó, igualmente, haber llegado á observar que un individuo leia á sus amigos un suelto y éstos reían á carcajadas.—Un cuarto dijo tener entendido que un jóven habia pedido utensilios de escribir en su fonda, pero que no habia llegado á hacer uso de ellos.—Seguidamente, compareció un quinto declarando que, despues de unas cuantas copitas de Jerez, un mancebo imberbe habia reclamado servicio de escribir y se habia puesto á emplearlo en una carta que no sabe si concluyó.

Y sin intermision, el último de los llamados aseguró que un jóven pálido, de tales y cuales señas, y con una sonrisa siniestra, habia escrito en un papel parecido al del aviso anónimo que se le presentaba.

Con la recopilacion de noticias adquiridas en éstas y otras declaraciones análogas, continuó la sustanciacion de la causa.

Los diarios oficiales se encargaron de llamar por edictos á todos los aludidos por las siguientes señas.

Un jóven que almorzó una chuleta en la fonda de... el día...

Un desconocido de levita gris, que comió un cuabierito de 12 reales en la fonda de...

Un señor de hongo, que cenó setas, macarrones y alcachofas.

Un sugeto que tomó jamon, dulce, chocolate y helados, cantando el final de *Lucrecia*, etc., etc.

Se llevaron al juzgado los tinteros de algunas de las fondas.

Los citados á declarar, no comparecieron.

Los peritos dieron el siguiente dictámen.

«La letra es de este siglo, española, y casi puede

haber sido de otro siglo, pero no se sabe de cuál.

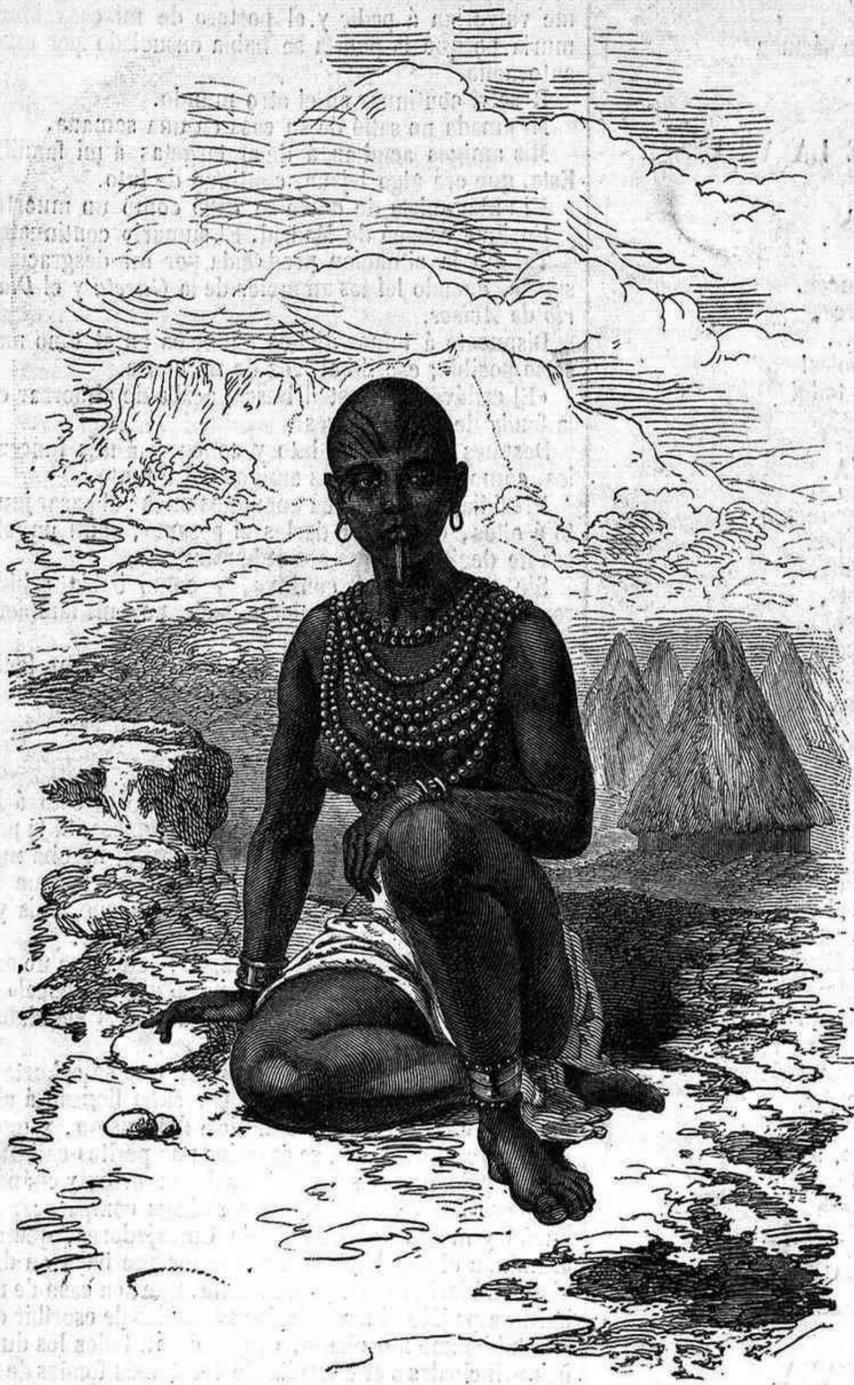
«El cadáver que usted busca, acaba de almorzar en la fonda de Embajadores.»

Despues me vestí de luto y concurrí á mis funerales, como uno de tantos amigos del difunto.

Presidían el duelo dos enemigos míos: al pasar junto á ellos, en vez de darles el pésame; sentí impulsos de decirles: «que sea enhorabuena.»

Sin embargo me contuve, y como habia sabido rezar por mí, supe tambien decir por mí tambien: *que descanse en paz*.

Y efectivamente, me fuí á descansar, porque tenia sueño.



MUJER PRINCIPAL DE TARRANGOLLÉ EN AFRICA.

asegurarse que el autor ha tenido por modelos á Torío ó Iturzaeta. El papel satinado inglés, da lugar á creer que es de procedencia extranjera. La pluma con que se ha escrito el aviso, parece de acero de tres puntos ó mista. La mano que escribió el anónimo, lo hizo con seguridad y sangre fría, y sin alteracion nerviosa.

De todo lo cual se deduce (decia el escribano), que yo ha escrito un jóven, con intencion segura de burlarse de la autoridad.»

Y continuó el procedimiento.

Los peritos químicos declararon que la tinta del anónimo no era la que aparecia en mis escritos. Estos eran dos cartas que presenté mi familia.

Entre los llamados á declarar, tuvo que comparecer forzosamente el jóven de las copitas de Jerez que, un dia que empinó mas de lo regular, se fue de la lengua en un café delante de un inspector de policia, y éste lo detuvo por creer se burlaba, como así era, del procedimiento incoado. Declaró que lo que él habia escrito, era una declaracion amorosa.

La jóven, objeto de su amorosa declaracion, era mi novia que creyó en un principio al pretendido amante un amigo mio, y recibió su esquila por si la daba alguna noticia de cómo me iba en el otro mundo. Llamada á la causa por la cita que se le hacia, su papá evitó la comparecencia hablando al juez, á quien conocia hacia tiempo. Sin embargo, tuvo que entregar la epistola amorosa que ella conservaba sólo para leerse á sus amigas. Examinada la carta por los peritos químicos, resultó ser de la misma tinta del anónimo. Los caligrafos y paleógrafos dijeron que la letra era idéntica, aunque el papel distinto. Esto comprobó al escribano la idea de que se varió intencionalmente el papel. Si hubieran sido llamados algunos literatos á informar, tambien pericialmente, hubieran dicho que el estilo era el mismo. Juzgue el lector.

«Señorita. Mi cadáver anunciará á usted mi muerte, si el rigor de sus desdenes llegase á agostar en flor mis ilusiones. La contestacion por el correo interior á Tristan Temores, calle de las Tres Cruces, núm. 40, cuarto 3.º»

¿Cómo mi amada habia recibido esta declaracion? ¿Cómo se habia consolado tan pronto de mi pérdida?

que únicamente con otro novio, por orden del padre de la niña, habia tenido algunas palabras.

Este novio resultó que era yo. El hilo de la lógica hizo sospechar al juez una contienda de dos amantes, preliminar del desafío en que yo habia muerto. Llamó á todos los vecinos á declarar, por si algo sabian.

El resultado fue, que todos se convinieron en decir que no habian oido nada de la reyerta, y mi rival en duelo sostuvo con el mayor aplomo del mundo, que ignoraba lo que se le preguntaba.

El papá de la niña, que tenia buena nariz, comprendió que allí habia gato encerrado y que la vecindad se sonreia cuando oia hablar del asunto. La mamá se volvió, no un Argos, sino cien Argos. Yo tuve que andarme con mucho tiento, porque era capaz la justicia, si conmigo daba, de prenderme por no haberme muerto.

A todo esto, el supuesto reo del desacato se desataba en denuestos contra mi amada, el juez, el escribano y los peritos.

Su abogado le dijo, que estaba espuesto á que lo echaran á presidio, pero que era necesario poner antes todos los medios para probar que el desacato cometido no era desacato, sino efecto de las copitas de Jerez, y que rechazaria, además, la prueba caligráfica.

El portero habia citado en su declaracion al sereno, y éste fue llamado á declarar.

Al cabo de ocho dias, constaba en la causa:

Que mi cadáver no habia sido habido.

Que al portero le habian dado un bofeton que le hizo caer en tierra, y ser conducido á la casa de Socorro por el sereno y guardias, la noche en que se decia hubo una reyerta en la escalera de la casa de mi adorada.

Que el jóven que estaba preso, no parecia ser autor ni cómplice en el duelo.

Que mi novia tenia dos novios.

Que su padre se oponia á sus relaciones con el cadáver.

Que la madre estaba hecha una furia, como de costumbre.

Y que no se habia podido embargar á nadie, con gran disgusto del escribano, pues el jóven preso no tenia posibles,

El jóven entró en el Saladero.

Mi novia compareció ante el juez.

Y yo, que charlaba en el café con uno de los dependientes del juzgado, me enteré de estos pormenores.

VII.

El portero de la casa de mi novia, oyendo que ésta habia sido llamada á declarar por una epistola amorosa que la habia dirigido un nuevo amante, sospechó que éste seria el individuo que le saludó bruscamente la noche precursora de todos aquellos acontecimientos, y viendo en lontananza una indemnizacion de daños y perjuicios, á poco que le animó un abogado sin pleitos, se mostró parte, dando una detallada declaracion del atropello de que fue víctima.

Repreguntado el jóven del anónimo sobre el atentado contra el portero, contestó y probó con testigos de descargo, que él habia ido aquella noche á presenciar en el campo el apartado de los toros que debian lidiarse al dia siguiente.

El juez, en su intuicion jurídica, empezó á marear al portero, sobre si el desconocido que le abofeteó seria el amante de la señorita y él le daria motivo para el atropello; y el portero contestó que él no entraba ni salia en cuestiones de sus amos, y

El juez, entonces, hizo algunos cargos al portero, y éste pidió se evacuara la cita que habia hecho del sereno, cuya declaracion aun no constaba.

El sereno compareció, y dijo:

Que habia encontrado, efectivamente, aquella noche lastimado al testigo que le citaba; que la lesion podia haberse ocasionado en reyerta, y que él no podia asegurar si como portero de la casa acometeria el individuo en cuestion á alguna persona que quisiera introducirse furtivamente en ella, y con este motivo saliese lastimado, ó si hubo alguna otra causa para la lesion; que él no vió al agresor, ni oyó contienda alguna por estar algo distante, y que cuando llegó á la casa, la puerta de ésta parecia cerrada.

El juez, por averiguar algo, comenzó á formular cargo de aquí y cargo de allí otra vez contra el portero, y en defensa de éste vino la mujer diciendo, que ella no oyó nada cuando lastimaron á su marido, por dormir éste, segun costumbre, en la alcoba del portal y ella en la bohardilla; pero que hubo una reyerta posterior que ella presencié, reyerta que debió dar lugar á un desafío, pues ocurrió entre un vecino, que citó, y el cadáver.

No se necesitó mas; al otro dia, la prensa traia el nombre de mi adversario en iniciales, y éste caminaba al Saladero, renegando del bofeton primero que me dió, causa de tantos males.

Los ciegos vendian por las calles «La aventura que ha pasado á un jóven con su novia y su rival en esta corte, ó el desafío de dos amantes, con el nombre, apellido y el sitio donde ha sido.» Yo compré por dos cuartos una relacion que se decia escrita en verso, con una lámina en que caia yo muerto, por haberme atravesado mi contrincante con un sable de caballeria; uno de los padrinos (debía ser Enrique) se tiraba de los pelos, y el otro levantaba los hombros como si tuviese una joroba colosal.

No faltó bohardilla de modista donde nos colgaran allá en Lavapiés, en un marco veterano de esos que ofrece el Rastro por dos cuartos entre hierro viejo. Fuimos á hacer compañía en algun lienzo ex-blanco de pared á Cúchares y Espartero, y acaso á un San Antonio, que tendria su correspondiente cabito de cerrilla sobre un candelero de plomo.

Era ya mi nombre, era mi cadáver una víctima popular de amor.

¿Y mi novia? ¿y su familia?

Conozco un novelista que iba á llenar cientos de páginas con los acontecimientos en que ellos figuraron.

(Se continuará.)

F. DE ZULUETA.

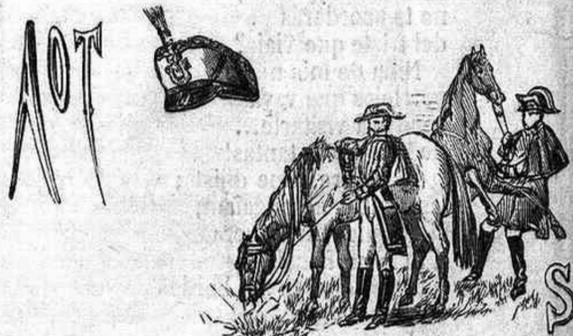
AVISO.

Los señores suscritores por trimestres cuyo abono concluye á fines de este mes, se servirán renovar la suscripcion si no quieren experimentar retraso en el recibo de los números.

GEROGLIFICO.

SOLUCION DEL ANTERIOR.

La bolsa está vacía y baja mas cada dia.



La solucion de éste en el número próximo.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, D. JOSE GASPARD.
IMPRESA DE GASPARD Y ROIG, EDITORES: MADRID, PRINCIPE, 4.